



Capítulo 345 - Seris D'Arkhan, La reina de las brujas (Parte. I)

No era miedo—era algo más primario. Un instinto, grabado en el núcleo de cualquier ser con alma. El reconocimiento inmediato de que algo ante él era más grande, más antiguo e infinitamente más peligroso.

La mujer sonrió. No era una sonrisa de alegría ni de cortesía... era una sonrisa que conocía el sabor de la destrucción, el sabor del control absoluto.

Virgilio se mantuvo erguido, pero sintió la presión arcana que intentaba empujarlo al suelo, como si el mundo que rodeaba a la Reina se inclinara ante su presencia.

Era como mirar fijamente a los ojos de un huracán que lo miraba, no con ira, sino con la curiosidad de alguien que decide, por capricho, si algo debe vivir o ser aplastado.



"Mierda... Ella tiene más de mil veces mi energía."

Fue el único pensamiento lúcido que Vergil pudo formar antes de que su voz atravesara el aire nuevamente.

"Lo sientes, ¿no?" susurró, todavía sin mover los pies, como si no fuera necesario. "Sabes exactamente lo que tienes delante. Eres muy fuerte. Normalmente la gente no siente nada; después de todo, mi energía es tan grande que el mundo que la rodea la disfraza."

Ella dio un paso adelante.



El suelo bajo sus pies no se agrietaba ni gemía; simplemente obedecía, como si la gravedad se moldeara en reverencia y no tuviera ningún efecto sobre ella... Ella simplemente no hizo ningún ruido. Fue real. El mundo disfrazó su existencia.

"Maldita sea..." Katharina juró en voz baja, ya lanzando un sigilo protector al aire con las yemas de los dedos.

Viviane, por el contrario, permaneció inmóvil, como si fingir calma fuera la última forma posible de dignidad. 'Maldita zorra mágica.' Ella simplemente pensó: "Se está mostrando ante él"

"¿No vas a presentarte?" -preguntó la Reina, todavía mirando a Virgilio. "¿O simplemente vas a seguir midiéndome con esos ojos tan... deliciosamente mortales?"

Vergil respiró profundamente y su voz salió más profunda de lo habitual... no por elección propia, sino por la abrumadora presión que ejercía sobre la habitación.

"Ya sabes mi nombre."

La reina levantó una ceja, satisfecha con su audacia. Su mirada descendió lentamente por su cuerpo, como si lo estuviera desnudando solo con los ojos. Un escalofrío recorrió su columna vertebral— y él sabía que ella lo había sentido.

"Vergil..." saboreó el nombre como si fuera un vino raro. "Eres incluso más interesante de lo que me dijo Morgana"





Morgana, parada cerca, resopló en silencio, claramente incómoda —y tal vez celosa.

"Me pareció curioso... que mi propia hija viniera a mí y me pidiera que borrara a alguien de la historia..." La Reina habló con un toque de ironía, casi divertida. Hizo una breve pausa y sus labios se curvaron formando una sonrisa enigmática. „Vergil Kennedy..."

Saboreaba el nombre como si fuera una pieza rara en un tablero de ajedrez.

"Agares, Baal, Sitri, Lucifer... tantos linajes primordiales reunidos en un solo hombre." Su voz era suave como el terciopelo, pero había acero detrás. "Es casi cómico... una existencia tan irregular. Así que... es poco probable."

Dejó que la frase flotara en el aire como humo.

Luego, como si evaluara las decoraciones de una habitación, dirigió su mirada hacia Viviane y Katharina. Una mirada breve y clínica —como la de alguien observando unas finas gafas de cristal a punto de ser tintineadas.

"¿Y tus compañeros...?" Dijo, en tono informal, como si hablara de sombras incómodas.

"No es asunto tuyo", respondió Viviane con frialdad, sin dudarlo.

La reina la miró. Entonces ella se rió. Una risa baja y musical, llena de desprecio y placer.

-Oh, querida mía... todo es asunto mío. Estoy aquí por Vergil, sí, pero todo lo que lo rodea automáticamente se vuelve relevante. Especialmente... tú."





Ella dio otro paso adelante. Las sombras alrededor de la habitación se extendían, parpadeando como si tuvieran voluntad propia. La luz retrocedió desde los bordes de la habitación.

—Entonces, ¿qué tal si te quedas callada, Viviane? ¿Antes de que mi paciencia se convierta en anhelo?

Viviane la miró fijamente por un momento, seria— y luego suspiró, larga y profundamente, como alguien que enfrenta un viejo hábito.

"Seris... nunca cambias, ¿verdad?" Dijo, en un tono informal que rompió, por un momento, el peso del momento.

Virgilio giró lentamente su rostro hacia ella, con una ceja arqueada.

"Seris?" repitió, confundido.

Viviane suspiró de nuevo, ahora con un toque de resignación.

"Su nombre." Ella hizo un gesto vago hacia la mujer que tenía delante. "Seris D'Arkhan. La reina de las brujas."

Un fuerte silencio cayó sobre la habitación. El nombre parecía resonar en las paredes, como un antiguo hechizo susurrado al oído del mundo.

El silencio que siguió al nombre Seris D'Arkhan fue casi físico, como si las paredes de la mansión Agares temieran hacer eco de cualquier sonido que pudiera contradecirlo.





La Reina de las Brujas, sin embargo, sólo sonrió —y esta vez, con algo más... peculiar. Había una chispa de locura en sus ojos, un brillo casi infantil, como el de un niño que acababa de encontrar un juguete nuevo después de milenios de aburrimiento.

"Ah, Viviane... siempre eres tan grosera." Dijo Seris, en un tono alegre y fuera de lugar, como si comentara el clima. "Pero ahora no es momento de intercambiar críticas; es momento de hablar... sobre el futuro. "Sobre los ciclos."

Y entonces, como si recordara algo muy importante, aplaudió con un extraño y teatral entusiasmo.

"Tenemos que hablar ¿no crees?"

Y luego, como si un trueno invisible hubiera explotado dentro de la habitación, todos —Viviane, Katharina, Morgana e incluso Alice— cayeron al suelo como marionetas con los hilos cortados.



Sólo Virgilio permaneció en pie.

Su aura demoníaca explotó en un instante. No como un ataque, sino como un escudo. Las marcas arcanas en sus brazos brillaban como brasas vivientes, formando un muro invisible de pura fuerza a su alrededor y a las mujeres que lo acompañaban.

Los sostuvo a todos en el aire con su energía. No con brutalidad, sino con una firmeza casi reverente—como si se negara a permitir que alguno de ellos tocara el suelo por orden de Seris.



Los cuatro fueron arrastrados suavemente al suelo sin el más mínimo impacto. Todavía inconsciente, sí, pero intacto. Sin marcas. Sin daños.

La mirada de Seris cambió.

No enojarse.

Pero a la fascinación.

Giró en el mismo lugar, como si bailara con el peso de la gravedad que ella misma había impuesto sobre la habitación. Su vestido negro se arremolinaba como humo vivo y su cabello proyectaba sombras dondequiera que pasaba.

"Mira eso..." susurró. "Realmente tienes algo. No es sólo un error... eres un desafío al orden de las cosas."



Inclinó la cabeza hacia un lado, con los ojos medio cerrados y los labios curvados formando una sonrisa lasciva y maníaca al mismo tiempo.

"Vergil Kennedy... me acabas de excitar en cinco niveles diferentes de realidad"

Vergil no respondió. Su expresión era como hielo templado en acero: inquebrantable, impenetrable. Pero sus ojos... sus ojos estaban fijos en ella como estacas demoníacas, tratando de entender dónde terminaba la locura y comenzaba la verdadera amenaza.

Alicia todavía yacía entre ellos, como una pieza crucial en el tablero, envuelta en silencio.



Seris luego se detuvo justo en el centro de la habitación.

"Hablemos tú y yo." Ella lo señaló con un dedo cubierto por un delicado anillo negro que parecía hecho de oscuridad sólida. "Solo. Sin interrupciones, sin drama."

Ella sonrió, mostrando sus dientes perfectos y peligrosos.

"O... ¿preferirías que cante primero? Puedo cantar, ¿sabes? Una vez rompí todo un plan con una nota alta."

Virgilio dio un paso adelante, con la voz baja y firme, como un trueno que se niega a gritar.

"Habla. Mientras aún tengas mi atención."

Seris sonrió aún más.

Y el juego finalmente había comenzado.

